

---

## CAPITULO V.

### RAZAS.

---

La diferente forma y color que distinguen la especie humana, habrá hecho pensar á muchos filósofos de la antigüedad que todos los hombres no tenían un solo tipo. Los incrédulos del último siglo echaron mano de esta opinión para convencer de falso al historiador.

Pero digamos una palabra acerca de las diversas razas humanas.

Los antiguos, entre otros Aristóteles, Hipócrates y Herodoto, reconocieron tres clases: la etiópica, la escita y la tracia. Esta clasificación, basada únicamente sobre el color, no caracterizaba suficientemente todas las variedades. En el último siglo se ensayó establecer otra base para este estudio. No se contentó sólo con examinar el color, sino que se tomó en consideración la forma del cráneo. Faltaba una regla para comparar las cabezas de los diferentes pueblos, de modo que diese resultados definidos y característicos.

Camper tuvo el mérito de la invención; formó lo que se llama *ángulo facial* de cada nación, tirando una línea desde el agujero de la oreja hasta la base de los agujeros de la nariz, y otra desde el punto más prominente de la frente hasta la extremidad de la mandíbula superior al punto en que los dientes tienen su raíz. La medida del ángulo que se forma por medio de estas líneas, determina en el sistema de Camper el carácter específico de cada fami-

lia humana, cuya elevación en la escala intelectual está en razón directa del aumento del ángulo.

Compréndese que este sistema no basta para caracterizar bien las diversas razas humanas. Blumenbach le acusa, con razón, de no tener en cuenta la anchura del cráneo, que es, sin embargo, la señal más distintiva de ciertos pueblos.

Colocado el cráneo sobre una mesa en su posición natural, la parte posterior vuelta de su lado, Blumenbach lo mira á plomo y observa todas sus particularidades; las formas relativas y las partes visibles le dan lo que se llama la regla vertical.

Según estas nociones, divide la raza humana en tres familias principales con dos intermedias. Llama á la primera caucásica central; á la segunda etiópica ó negra, y á la tercera mongola ó amarilla. En la familia caucásica la forma general del cráneo es más simétrica que en las otras dos. Las arcadas sigomáticas vuelven á entrar en la línea del rasgo exterior general, y los huesos de las mejillas y de las mandíbulas están enteramente escondidos por la mayor prominencia de la frente.

El cráneo del negro se distingue por una fuerte compresión lateral de la parte anterior, mediante la cual las arcadas sigomáticas, aunque muy aplanadas en sí mismas, sobresalen muy notablemente.

El cráneo mongol se distingue por la anchura extraordinaria de la faz, en la cual la arcada sigomática está completamente desprendida de la circunferencia general, á causa de la enorme prominencia lateral del hueso de las mejillas, que, siendo apenas aplanadas, dan una expresión particular á la faz mongola.

La familia caucásica tiene el color blanco, las mejillas coloradas, los cabellos largos, flexibles y de un color negro más ó menos subido.

Los pueblos que pertenecen á esta raza son los europeos, á excepción de los lapones, de los habitantes de la Finlandia y de la Hungría; también los habitantes del Asia occidental, comprendiendo en ella la Arabia y la Persia, y aun subiendo hasta el Oby, el mar Caspio y el Ganges, y por último, los pueblos del Norte del Africa.

Las razas intermedias tienen también caracteres particulares. Los americanos son cobrizos, de cabellos negros, su cara ancha y no muy aplanada. A esta familia pertenecen todos los aborígenes

del Nuevo Mundo, excepto los esquimales. Los malayos tienen un color moreno, con cabellos espesos, negros y ensortijados, nariz larga y boca grande.

En cada una de estas razas suele salir de tiempo en tiempo otra variedad que parece indicar en la especie humana un estado mórbido; hablamos de los albinos, cuya piel es de una extremada blancura, cuyos cabellos son finísimos y casi sin color, y los ojos rojos, de grande sensibilidad. En lo general son de débil constitución y muy poco inteligentes, anomalía inexplicable, bastante para probar que la diversidad de color no supone diversidad de origen en las razas humanas.

A propósito hemos hecho esta ligera digresión acerca de las razas humanas, que servirá de mucho para otros ligeros estudios que nos proponemos hacer.

Muchas veces nos hemos preguntado, en nuestras investigaciones científicas y antropológicas sobre los diversos tipos de las razas humanas: ¿proviene éstas de un solo tipo como enseña Moisés?

Antes que la fisiognomía fuese bien entendida, era hostil á los libros bíblicos; pero apenas hizo algunos progresos, ha venido á dar testimonio de la veracidad del historiador sagrado. Aunque esta ciencia está todavía en su infancia, se halla bastante adelantada para no permitir dudar fundadamente acerca del común origen de todas las razas humanas de una sola familia.

Ha llegado á establecer: 1º, que las variedades accidentales pueden desarrollarse en una raza, tendiendo á producir en ella, caracteres de otra; 2º, que las variedades pueden perpetuarse; 3º, que el clima, el alimento, la educación y otras muchas causas accidentales, pueden influir poderosamente en la producción de tales variedades, ó al menos hacerlas fijas, características y perpetuas. En probándose estos puntos, se abrazan todos los elementos del problema propuesto, porque destruyen la base en que se fundan los adversarios de la revelación.

¿Cuál habrá sido, pues, la causa productiva de las diferencias que se advierten en la especie humana?

Los antiguos atribuían únicamente á la acción del sol la diversidad de color. Sin negar la influencia del sol en el color de la piel, es necesario confesar que esta explicación no está exenta de dificultades; porque si de un lado las mujeres moriscas que se con-

servan en casa son casi blancas, de otro tenemos que los niños que nacen blancos se vuelven negros al cabo de diez ó doce días, por más precauciones que se tomen para evitarles el calor.

Síguese de aquí, que cuando las naciones se formaban, entonces que tenían más vigor y energía, han concurrido muchas causas á producir esta diversidad á la acción del clima, es necesario añadir la de los alimentos y la educación, y tal vez otras que hoy no existen. Lo que probará que la reunión de estas causas ha hecho desviar la raza negra de la blanca, es que en el centro del Africa se han hallado pueblos enteros con todos los rasgos y caracteres de la raza caucásica, sin que tuviesen más que el color de la familia etiópica.

Se ha observado que estos pueblos estaban adelantados en la civilización respecto de sus convecinos, y que profesaban una religión que aunque corrompida en sus dogmas, no podía ser en cuanto su moral y su culto, sino el fruto de una revelación divina aunque alterada con la sucesión de las edades.

Queda, pues, probado, que en la especie humana la naturaleza tiende á producir variedades en la forma y en el color, y que estas variedades pueden propagarse y fijarse en una familia; que hallamos en las lenguas y en los signos característicos de los diversos pueblos pruebas convincentes de su transmisión de una raza á otra, y que los hechos recogidos prueban invenciblemente al menos, la posibilidad de que la raza negra sea derivada de otra; que la acción del clima, de los alimentos y de la civilización, es la principal causa de estas variaciones; que si no se ve que en el día se obren estos grandes cambios, es porque estas causas no obran hoy, ó al menos no tienen la misma energía que antiguamente.

Tales son los resultados obtenidos por la ciencia mejor informada.



## CAPITULO VI. LA ESCLAVITUD.

Ya que hemos hablado de la propiedad, primer respeto otorgado al hombre, natural y científicamente, del derecho que ampara á esa propiedad y sanciona ese respeto, de la sociedad que constituye la unión de los seres creados para perfeccionarse moralmente, de las formas de gobiernos con relación á los mismos intereses sociales, y de las razas que con su mayor ó menor grado de perfectibilidad, prestan el contingente de utilidad común; ya que hemos considerado al hombre como absoluto dueño de sus facultades y tendencias, dotado de libertades que le hacen superior á los demás seres y le hacen reconquistar muchos de sus dominios perdidos como rey de la Creación, bueno será que volvamos la vista, siquiera sea un instante, al pasado, para contemplar el recuerdo que, como monumento infamante, se alza en los antiguos mercados de carne humana.

Tenemos que hablar un poco acerca de un hecho que se halla en abierta pugna con el espíritu de las leyes democráticas, y que sin embargo, todavía en algunos países sumergidos en la barbarie, está en uso.

Queremos referirnos á la esclavitud, que no es otra cosa que la asimilación del hombre á la cosa, de tal suerte, que puede ser poseído á título de propiedad privada, vendido, cambiado, dado, alquilado, en una palabra, aplicado á las necesidades del propieta-

rio como éste quiera y de la manera más absoluta, salvo el uso prohibido por las leyes y por los reglamentos.

Un gran escritor francés ha condenado la esclavitud por medio de la siguiente alegoría:

“Hubo en otro tiempo—dice—un hombre malo y maldito del cielo, y este hombre era fuerte y aborrecía el trabajo, y dijo para sí: ¿De qué modo me compondré? Si no trabajo me moriré, y el trabajo me es insoportable. Entonces se le ocurrió un pensamiento: salió de noche y cogió á varios de sus hermanos mientras dormían y los cargó de cadenas. Yo los obligaré á fuerza de azotes, á que trabajen por mí—dijo—y comeré el fruto de su trabajo. Hizo lo que había pensado, y otros, viendo esto, imitaron su funesto ejemplo. Ya no hubo hermanos, sino señores y esclavos.”

Pero no cabe duda que la ley del más fuerte sobre el más débil, fué el origen de la esclavitud entre las naciones que, á pesar de los progresos de la civilización persistieron, por espacio de una larga serie de siglos, en considerar como legítima una costumbre contraída en la barbarie.

Los primeros esclavos fueron los prisioneros de guerra; casi todos los pueblos de la antigüedad acostumbraron mantener en servidumbre al enemigo vencido. En Roma se conocían tres clases principales: 1<sup>a</sup> Los prisioneros de guerra llamados *Mancipia*, de donde viene la frase *emancipación de los esclavos*. 2<sup>a</sup> Los que nacían de padres esclavos. 3<sup>a</sup> Los que eran comprados á los traficantes. Había, además, otra clase que se componía de aquellos que, libres por su nacimiento, se vendían á sí mismos, y de los que por consecuencia de una ley derogada unos treinta años antes de Jesucristo, venían á ser esclavos de sus acreedores. En lo antiguo, los romanos tenían derecho de vida y muerte sobre sus esclavos, en atención á que estos últimos éran considerados no como personas, sino como cosas (*servus res non persona*). Sin embargo, debe decirse que usaron muy rara vez de este privilegio, el cual, por otra parte, fué formalmente abolido por el emperador Adriano hacia el año 140 de nuestra era.

Los Germanos, apasionados por el juego, arriesgaban en él frecuentemente su libertad, y se hacían esclavos cuando perdían; pero sobre todo á la piratería, tan honrada entre los antiguos bárbaros, debió la esclavitud su progreso y desarrollo.

La piratería era pública ó particular; los que se dedicaban á ella

se embarcaban ó saltaban en las playas para sorprender á los pueblos y reducir á esclavitud á una parte de los habitantes, ó bien salían sus bajeles y se ocultaban en los bosques para sorprender á los pastores. Este fué el género de piratería que ejerció Ulises, y de la que Jenofonte nos da una idea particular cuando describe la danza llamada *Karpea*, en la que los soldados armados representaban las costumbres generales de los hombres en los siglos bárbaros.

En estas piraterías se consideraba tan glorioso defenderse como atacar, y de este modo fué como llegó á hacerse honrosa la profesión de pirata; pero cuando dejó de reputarse como una gloria el hacer esclavos, la codicia y el comercio sostuvieron la costumbre de tenerlos. Los Tesalios, según Aristófanes, hicieron el tráfico de ellos, y los mismos atenienses se entregaron á él, de tal suerte, que fué preciso dar una ley que condenaba á muerte á los que á viva fuerza se apoderaban de los individuos para hacerlos esclavos.

El Egipto ha sido, al parecer, el mercado más antiguo donde se vendieron esclavos. Homero habla de la isla de Chipre y del Egipto como de los mercados más conocidos en este género. Antinoo, irritado contra Ulises, le amenaza con enviarle á uno de ellos si no sale inmediatamente de su casa.

La *Odisea* de Homero prueba que se vendían esclavos en muchas islas del Mar Egeo. Tiro y Sidón hicieron también el comercio de esclavos. Esto no obstante, el privilegio del talento ha hecho pasar á muchos de éstos á la posteridad.

Tal fué Esopo, nacido en Frigia y que vivió en tiempo de Creso, rey de Libia; sus escritos han merecido que Quintiliano recomendase sobremanera su lectura, como llenos de genio y de filosofía. Fedro no le fué inferior por la elegancia de su pureza y estilo. Las poesías empíricas de Alemon no se resienten de su condición servil. Admiramos la sublime moral de Epíteto, y las comedias de Terencio sirven todavía de modelo.

Con todo, la esclavitud subsistió largo tiempo, y se necesitó nada menos que una revolución en el mundo de las ideas, para destruirlo. Algunos han pretendido que la disminución de la esclavitud fué efecto del régimen feudal; pero es más exacto atribuirla á la doctrina del cristiano, pues todavía no se ha perdido la memoria de los hermosos y perseverantes combates de la antigua Igle-